

A person wearing a blue robe is shown from the chest down, holding a hammer and a chisel. They are working on a glowing, spherical object that is surrounded by a golden, intricate geometric pattern on a dark surface. The scene is illuminated with a blue and gold glow.

# Crónicas

de la Magia Sellada

evolution  
taur  
amou

HELENA RAMÍREZ

.nowevolution.  
EDITORIAL

Título: **Crónicas de la magia sellada.**

© 2010 **Helena Ramírez Laosa**  
© Diseño Gráfico: **nowevolution**  
© Infografía de mapas: Irene Braojos Entrena  
Colección: **Volution.**

Primera Edición Marzo 2013  
Derechos exclusivos de la edición.  
© nowevolution 2013

**ISBN: 978-84-941005-0-5**  
Depósito Legal: GU-015-2013  
Printed in Spain (Impreso en España)

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

**Más información:**

[www.nowevolution.net](http://www.nowevolution.net) / **Web**  
[info@nowevolution.net](mailto:info@nowevolution.net) / **Correo**  
[nowevolution.blogspot.com](http://nowevolution.blogspot.com) / **Blog**  
[nowevolutioned](#) / **Facebook**  
[@nowevolution](#) / **Twitter**

*Este primero es para mis padres y mi hermano,  
cuyo apoyo, ánimo y confianza nunca me han faltado.*

*«Dejadme que os cuente una historia. Una historia de cuando este mundo era más joven, cuando hombres y mujeres luchaban por causas justas. En una época de viejos y nuevos dioses, de terrores del pasado remoto. Un tiempo de decaimiento tras el esplendor de eras pasadas, pero que aun así supuso el principio de un renovado esplendor, de un maravilloso futuro. Sí, os contaré la historia del Mago, de aquel que tenía los colores del mundo en su mano, de aquel que salvó solo lo que amaba y al mundo, de aquel que nos devolvió la magia.»*

*«El Mago nunca va solo;  
el Guerrero le protege con su espada,  
la Sanadora cuida sus heridas,  
la Cazadora, que siempre está ahí,  
y el Extraño de lugares remotos.»*

Del libro Los Magos, 520 del V Sol.

# Libro I.

→ El sueño que le guía ←

*«Todos estamos condenados a perder  
a los que amamos; a veces a uno, otras a  
muchos. Pero el dolor puede llevarnos  
a un destino del todo insospechado.»*

Del libro El Destino, 102 del VI Sol.

## PRÓLOGO.

### *Los fragmentos del cristal.*

Los golpes del cincel repicaban en la estancia abovedada, apenas iluminada por la tenue luz de las lámparas. Figuras envueltas en sombras contemplaban la obra que se llevaba a cabo en silencio, lágrimas fugitivas en rostros ocultos. Un golpe de cincel por los colores del arco iris, un golpe de cincel por el poder de la magia, un golpe de cincel por los espíritus, un golpe de cincel por la esperanza... un golpe de cincel por el futuro.



—El Mal solo tiene una forma, así como el Bien, ambos son necesarios y se mantienen en equilibrio.

—Pero maestro, ¿eso quiere decir que estamos condenados al acoso del Mal para siempre, que no puede ser derrotado jamás?

—¿Derrotado? Sí, podemos vencer al Mal cuando este desequilibra la balanza y amenaza a la existencia misma. La Diosa nos dio las armas y el poder para enfrentarnos a Él, porque sabía que el Mal siempre trataría de imponerse al Bien. Es nuestra tarea mantener el equilibrio y para eso habéis venido a la Academia.



El llanto de la criatura llenó la estancia, sonaba fuerte, repleto de vida.

—Enhorabuena, mi señora, es una niña preciosa y sana. —La comadrona envolvió al bebé en mantas y lo dejó al cuidado de una de las doncellas que la asistía en el parto.

Una reina sudorosa y pálida se dejó caer en el lecho agotada, pero una nueva contracción la hizo aullar de dolor e incorporarse.

—Parece que viene otro. —La oronda comadrona se inclinó y se preparó para sacar al segundo bebé.

Fuera del cuarto, el alto monarca se paseaba inquieto, encojiéndose con cada grito desgarrado de su esposa. No entendía qué ocurría, ya había oído llorar al bebé, pero parecía que todavía no habían terminado. *Dioses, que no haya complicaciones*, pensó temeroso. De repente, los gritos cesaron y un nuevo llanto saludó al amanecer de un nuevo día.

—¿Dos? —preguntó el rey al vacío.

Se acercó a la puerta, pero antes de que pudiese llamar, una de las doncellas de su esposa salió al corredor, con dos bultos envueltos en mantas en los brazos.

—Vuestros hijos, majestad. La comadrona dice que están sanos y fuertes. La reina se encuentra bien y descansa ahora.

El rey asintió y apartó las mantas de ambos, dos cabecitas sonrosadas y cubiertas de pelusilla castaño claro quedaron al descubierto.

—Niño y niña, mellizos —comentó con una gran sonrisa en sus labios, los dioses eran generosos, pensó, bendecían doblemente a su familia—. Ven, Soldan, ven a conocer a tus nuevos hermanos.

Un chiquillo de cuatro años y oscuro cabello castaño se acercó tímido, para compartir la alegría de su padre.

—Qué pequeños, ¿cómo se van a llamar? —preguntó el joven príncipe.

—Során y Siranna, sí, Során y Siranna de la Casa Tardad.



El sonido del cristal al hacerse añicos estalló en sus oídos. A sus pies yacía él, los ojos abiertos, sangrantes, su cuerpo desmadrado parecía haber exhalado el último aliento de vida, a su alrededor miles de pedazos de cristal multicolor parecían fundirse con su sangre. Un grito desesperado desgarró el silencio.

—¡Nooooooooo!



La herida sangraba, sangraba mucho, y veía impotente cómo se le escapaba la vida entre sus inútiles manos; nada podía hacer, salvo contener las lágrimas, apretar los dientes, olvidar su propio dolor y



sostenerle entre sus brazos esperando que el último suspiro escapara de sus labios agrietados. La cabeza se le iba y sentía la náusea subir a la boca, los brazos y las piernas le ardían de dolor y agotamiento, pero aguantaría hasta el final, no le dejaría morir solo y abandonado en aquel campo de muerte y sangre. La cota de malla se le clavaba sin piedad en la piel, lacerando su cuerpo allí donde el hacha le había golpeado con fuerza y brutalidad; la bestia sin rostro que había empuñado aquel arma atroz yacía no muy lejos de allí medio decapitada por su espada. El corte en la ceja hacía rato que había parado de sangrar y le dejó la mejilla izquierda pegajosa de sangre.

—Hermano... —musitó él, sin fuerzas, entre sus brazos— hermano, ¿estás ahí, hermano?

—Aquí estoy. Aguanta, no hables, conserva tus fuerzas. Pronto vendrán y te llevaremos a que te curen las heridas y te sentirás mejor... te sentirás mejor. —Trató de confortarle con palabras amables, suaves, esperanzadoras, pero en su corazón no había más que desesperanza y dolor.

—Mientes muy mal, hermano... —Una sonrisa cansada afloró a sus labios y sus hermosos ojos verdigrises volvieron a abrirse—. Ya apenas te veo, pero no te vayas aún, quédate conmigo... hasta el final.

—Este no es tu final, solo necesitas descansar un poco y que te curen. —Trató parecer seguro, de no mirar la terrible herida por la que parecían manar ríos de color rubí.

—Antes me dolía mucho, ahora no siento nada, ya no fal... ta... —Un violento acceso de tos llevó borbotones de sangre a su boca. Él le estrechó más fuerte entre sus brazos, no quería llorar, pero ya las lágrimas ardían en sus ojos verde musgo.

—Shsss, calla. Yo cuidaré de ti, sí, yo cuidaré de ti.

Y su hermano ya no dijo nada. La respiración se volvió cada vez más entrecortada, cada bocanada de aire le suponía un esfuerzo mayor y los estertores al exhalar y al inspirar le hablaban de unos pulmones encharcados: se iba a ahogar en su propia sangre. Se mordió el labio y miró al cielo, que se había ido despejando del humo de las hogueras, del polvo y la sangre; miró donde el sol comenzaba a caer en el ocaso. ¿Por qué?, se preguntó una y otra vez, ¿por qué tenía que ser así?, ¿por qué los dioses no se lo llevaban a él? Pero no halló respuesta alguna a sus mudas preguntas. Y sintió que el cuerpo de su hermano se aflojaba

entre sus brazos, que un último estertor escapaba de sus labios medio sonrientes; los ojos vidriosos se prendieron en una mirada infinita y él, con el corazón vacío salvo de dolor, se los cerró y le besó en la frente. El dique de sus lágrimas se rompió y corrieron inagotables por sus mejillas. Mas no se movió, se quedó allí, con el cuerpo inerte de su hermano entre los brazos, estrechándolo con fuerza, ahogando sus gritos de agonía contra su pecho herido.

Y así le encontraron durante la noche, desmayado sobre su hermano muerto, la pierna derecha rota, el hombro izquierdo dislocado, tantos golpes y cortes que parecía un milagro que ninguno hubiese sido mortal, como milagro parecía que hubiese aguantado el dolor terrible de su cuerpo castigado, hasta que la inconsciencia le hizo caer en el olvido.

Los hombres le levantaron con suavidad y le tumbaron en unas parihuelas, pero cuando él sintió que lo movían y lo alejaban de su hermano, se despertó y trató de levantarse, pese al dolor de todas sus heridas.

—¡No!, ¡no! ¡No me alejéis de él! ¡No le abandonéis a los cuervos y los buitres! —Alargó la mano hacia su hermano, pues los hombres le sostenían, fuertemente pero con suavidad, de los hombros para que no se moviera.

—Calmaos, mi señor; otros vendrán a por el cuerpo de vuestro hermano. Ya nada podéis hacer por él, deberíais preocuparos de vuestras heridas, han de ser atendidas cuanto antes.

—No me moveré de este lugar hasta que vea cómo se llevan a mi hermano —dijo testarudo—. Le hice una promesa, que me quedaría con él hasta el final. Si es necesario, me tiraré al suelo y me agarraré con fuerza a su cuerpo.

El hombre lo miró con compasión y asintió mirando a sus compañeros.

—Haremos como decís, Alteza.

—Gracias.

Y esperaron, minutos, horas, a él eso ya no le importaba, hasta que otro grupo de hombres vino y cargó con honores el cuerpo de su hermano. Y a uno junto al otro los llevaron al interior de la Ciudadela, donde sus caminos se separaron; a él lo llevaban a las Salas de la Sanación y a su hermano a la Casa del Descanso Eterno, el único

lugar en el que podría visitarlo de ahora en adelante.

Los sanadores quisieron atenderlo nada más verle, pero él negó con la cabeza.

—Terminad primero con los que llegaron antes que yo y revisiten más gravedad. Podré aguantar el dolor físico tanto como sea necesario —les dijo. *Pues el dolor de mi alma es mil veces peor que el de mis heridas, y ese nada lo puede calmar*, pensó.

Los sanadores asintieron y volvieron a sus afanes, pues eran muchos los heridos que gemían o estaban a las puertas de la muerte entre aquellos muros. Una muchacha de no más de catorce primaveras, con el rostro perlado de sudor y el delantal manchado de sangre ajena se le acercó con una copa en las manos.

—Bebed, mi señor, esto os relajará la mente y el cuerpo y os ayudará a dormir.

Asintió y dejó que ella le diera de beber, pues temía que sus últimas fuerzas le fallasen. La pócima no tardó en hacer efecto y pronto todo lo que le rodeaba se volvió una mezcla confusa de ruidos e imágenes sin sentido, hasta que los ojos se le cerraron y su mente dio paso al olvido del sueño. Lo último que llegó a sus oídos fue un «que durmáis bien, mi príncipe», y le pareció que era su madre quien se lo decía, pero eso era imposible, pues al igual que su padre, y ahora también su hermano, estaba muerta.

Aquella noche soñó con su familia, algunos sueños eran fragmentos del pasado; como el día que su hermano se cayó de un árbol del jardín, o estaban los cinco juntos, sus padres, su hermano, su hermana melliza y él. Pero luego todos se iban para no volver jamás; su padre se fue a una guerra y no volvió; su madre cruzó las montañas para lograr la paz y las alianzas y no volvió; su hermana melliza se escapó de casa, haciéndole sentir incompleto de algún modo, y no volvió; y su hermano tampoco volvería ya. Soñó que estaba sentado en el trono de la Ciudadela, y aunque le rodeaba todo su pueblo, se sentía solo y perdido en la inmensidad de aquella sala. Y se preguntaba una y otra vez ¿por qué los dioses le habían arrebatado todo lo que amaba? Fue al borde de la conciencia, en ese momento entre el sueño y la vigilia que una voz conocida y desconocida, amable y cruel, suave y dura, cálida y fría, posible e imposible, le respondió:

—Porque solo a través de la pérdida más dolorosa encontrarás el

camino que buscas y el destino que te aguarda. Ve más allá del lecho del sol.

Cuando despertó era ya de día y aquellas palabras todavía resonaban en su mente, pero pronto pasaron a segundo plano, pues el dolor de su cuerpo trajo a su memoria la batalla y la pérdida irreparable. Se incorporó sobre un blando lecho y al mirar en torno a sí se dio cuenta de que estaba en sus aposentos, al parecer alguien lo había llevado allí durante la noche. Sentía el hombro izquierdo dolorido y descubrió que lo tenía vendado, también la pierna estaba vendada y entablillada y todas sus heridas habían sido restañadas. Sin embargo, pese a haber dormido, se sentía cansado y mareado y no tenía fuerzas para levantarse de la cama. Se dejó caer sobre la almohada desganado, rememorando los sueños, llorando por todo lo que había perdido, llorando por su amado hermano, llorando porque estaba solo.

Apretó los puños sobre la tela. *Los reyes no lloran* le llegó la voz de su padre, pero qué le importaba a él; muchos comprenderían sus lágrimas, dirían que era algo normal, le mirarían compasivos y murmurarían entre ellos que hacía poco que había dejado de ser un niño, que hasta los jóvenes reyes lloran la pérdida de sus seres queridos. Y entonces recordó a su hermana melliza, ella tenía su edad y no habría llorado, se habría tragado las lágrimas y el dolor, se habría levantado de la cama y se habría enfrentado al mundo cruel que le había arrebatado a su hermano. Pero él no era su hermana, no era tan fuerte como ella, que se había escapado una noche. Le preguntó si quería ir con ella, pero él tuvo miedo, no se atrevió y se quedó en la Ciudadela con su hermano mayor, al que tanto quería; mas siempre supo que le faltaba algo, una parte de él que se había llevado su hermana al irse. Ahora le faltaba todo y no sentía ningunas ganas de vivir.

Los días se sucedieron, su hermano fue enterrado en el mausoleo de la Casa del Descanso Eterno junto a sus padres, y él fue coronado rey y el pueblo lo aclamó, pues, aunque a él no le traía ningún consuelo, habían ganado la batalla y la guerra, y la paz reinaba de nuevo. Era rey, sí, pero no gobernaba, era el Consejo Real quien se ocupaba de ello ya que él no mostraba ningún interés por nada; apenas comía, dormía poco, pues sus sueños solo le traían el dolor

del recuerdo al despertar, no participaba de ninguno de los eventos del palacio, se pasaba largas horas solo en sus aposentos con la mirada perdida y la mente evadiendo la realidad, no hablaba apenas con nadie, salvo lo necesario, y era normal verlo caminar solitario por los umbríos corredores durante la noche. Para muchos era como una sombra, un fantasma con el corazón muerto y vacío, y pocos recordaban ya el sonido de su risa alegre o la luz de su sonrisa. A sus diecisiete años unas hebras de plata tiñeron los castaños cabellos de sus sienes y entre el pueblo se ganó el sobrenombre del Rey Fantasma.

Pero nada de esto le importaba, la vida había perdido todo sentido en el momento en que su hermano murió entre sus brazos. Y pensaba que a nadie le importaba su dolor o lo que sentía al despertar cada noche con la sensación de un hondo vacío en el alma. Al principio habían tratado de animarle, de sacarle de aquella mal-sana apatía, mas poco a poco lo fueron dejando por imposible, si el rey quería hundirse en el dolor y la autocompasión, que lo hiciera, el Consejo actuaría en su nombre y el reino seguiría adelante. Pero aún había quien se dolía por él, por su estado, y se preguntaba cómo podría ayudarlo, sin encontrar más respuesta que el silencio del rey.

Llegó un día en que sus pasos sin objetivo le llevaron a la cima de la más alta torre de la Ciudadela; la capa oscura le ondeaba al viento y sus ojos miraron al vacío tras las almenas. Sería tan fácil poner fin a su dolor, a su agonía, a sus recuerdos. Saltaría y entonces volaría, volaría hasta alcanzar el suelo y el cielo y se reuniría con su hermano y con sus padres y ya no habría ni noche ni sueños ni mañana. El primer paso fue vacilante, el segundo fue más fácil y en el tercero ya no hubo dudas. Sus manos le auparon sobre el muro y el viento le hacía mantenerse en un precario equilibrio. Un paso más, solo un paso más y...

—¡Majestad! ¡No, Majestad!

Una voz de mujer detuvo sus intenciones por el momento, se volvió y allí estaba la muchacha que le había dado la pócima para dormir la noche tras la batalla. Los negros cabellos se mecían en el viento, un sencillo vestido de lana color verde cubría su cuerpo delgado, pero lo que atrajo su mirada fueron los ojos, aquellos ojos azul zafiro, desafiantes, que lo observaban entre asustados y comprensivos.

—No saltéis, mi rey —dijo suavemente, tendiendo una mano hacia él.

—¿Por qué no? Ya no me queda nada aquí.

—Os queda vuestra vida. Esta no es más que la solución de los cobardes. ¿Acaso vuestro hermano murió en vano?

—¿Qué sabrás tú? No eres más que una simple aprendiz de sanadora. Mi hermano está muerto, mis padres están muertos, mi hermana ya no está aquí. No me queda nada y no quiero esta vida vacía en la que los dioses me han arrebatado todo. —Las palabras eran duras, pero estaban cargadas de pena y dolor.

—Tal vez sepa más de lo que os imagináis. Yo también he perdido a seres amados en esta guerra, pero no por ello me rindo y dejo que el dolor me ciegue. Vuestro pueblo también ha perdido a muchos, pero siguen adelante y esperan que su rey haga lo mismo y los guíe más allá del sufrimiento y de la guerra.

»No dudo que vuestro hermano se fue más tranquilo sabiendo que vos os quedabais aquí para proteger y liderar al pueblo. No os rindáis, Majestad. Si algo os queda es vuestro odio, empezad por aferraros a él, pues puede que os lleve a otros sentimientos lejos del dolor. Odiad a los dioses si queréis, odiadme a mí, pero no saltéis, la vida es un don y merece la oportunidad de ser vivida. No seáis injusto con los que se han ido y ya no tienen esa posibilidad. Vivid por ellos, vivid por vuestro hermano y vuestros padres.

La muchacha se acercó a las almenas, él la miró y miró el vacío que se abría a sus pies, sería tan fácil acabar con todo... No quería sufrir más, no quería volver a sentir esa pena que le desgarraba el alma día y noche. Ella no podía...

—¡No lo entiendes! —volvió a gritar enfurecido—. Ya no están. Y duele tanto... tanto.

—Sé que duele y lo entiendo más de lo que creéis. Solo confiad en mí, el dolor pasará y tarde o temprano volveréis a sonreír. Vuestro hermano no era un cobarde, ¿lo seréis vos?, ¿no deseáis que se sienta orgulloso de vos?

Aquello pareció llegar a su corazón y su mente. No, no era un cobarde, su hermano se había ocupado de ello y él había muerto por su pueblo, por él; había dado su vida para salvar lo que amaba.

*Tiene razón, pensó, si salto ahora, estaré traicionando las muertes de todos ellos. No, no me rendiré, me enfrentaré a la vida y lucharé para superar el dolor y la pena.* Tomó la mano áspera de la muchacha y bajó del muro. Ella le sonrió.

—Gracias, Majestad.

—No, gracias a ti, que me has traído de vuelta a la lucidez. ¿Cómo te llamas?

—Tary, mi señor.

—Tary, os debo la vida y la razón, cualquier cosa que queráis la tendréis, solo tenéis que pedírmela.

—De momento, me conformaré con que bajemos de aquí y volvamos al palacio.

Rió, y su risa rompió el aire como campanas de cristal y sintió que un peso se le quitaba del corazón.

—Bajemos, pues.

Y juntos, abandonaron la torre y volvieron al palacio. Y desde aquel día el rey dejó de ser un fantasma y tomó en sus manos el gobierno de su pueblo y la alegría y la felicidad volvieron a habitar entre los muros de la Ciudadela. Durante cuatro largos años el joven rey vivió en paz junto a su pueblo y Tary estuvo a su lado como amiga y consejera, y sanó su corazón y su espíritu.

Pero a todo le llega su tiempo, y el tiempo de las palabras de aquel extraño sueño también llegó, y pronto habrían de cobrar un significado más allá de la imaginación del joven rey.



## CAPÍTULO 1

### *Las palabras de un sueño.*

*Año 2245 del VIII Sol.*

El sol del estío bañaba los blancos muros de la Ciudadela, donde el joven monarca, sentado en el incómodo trono, escuchaba sin apenas prestar atención al último de los peticionarios del día: un arrugado campesino que acusaba a su vecino de haber movido la cerca varios metros dentro de sus tierras.

—M... mi rey os ruego que enviéis a alguien para obligarle a retroceder —terminó el viejo, estrujando su gorra entre las manos, nervioso.

El joven a duras penas contuvo un profundo suspiro de aburrimiento.

—Nuestro buen..., súbdito —no recordaba el nombre del tipo—, comprendemos vuestro enfado, pero Nos vemos obligados a ser justos y por tanto a oír a las dos partes para poder tomar una decisión. Creednos, no ponemos en duda vuestras palabras, pero la ley es la ley. Así que volved aquí con vuestro vecino, para que él también pueda hablar y entonces dictaremos sentencia.

El semblante del campesino se ensombreció, mas no dijo nada; hizo una torpe reverencia y se marchó.

Una vez las puertas se cerraron, el rey se levantó y con un paso nada solemne bajó del estrado sobre el que se alzaba el blanco trono.

—Eso ha sido todo por hoy, caballeros —dijo al Consejo reunido bajo el trono, cuyos miembros se levantaron agitados.

—Pero, majestad, aún quedan asuntos que tratar —le recordó su chambelán, un hombre bajo y delgado, de mediana edad, cabellos entrecanos y ojos acuosos, uno de sus más importantes consejeros en lo tocante a la política del reino.

—Eso es todo —repitió cortante y un par de soldados de su guardia personal le escoltaron fuera de la sala del trono, dejando a su Consejo con la palabra en la boca, algo a lo que poco a poco se iban acostumbrando.



Se dirigió directamente a sus aposentos, necesitaba un pequeño respiro antes de volver a enfrentarse a su corte y las obligaciones que conllevaba la corona. Sus regias habitaciones ocupaban por completo la torre norte, una de las más altas y lujosas de toda la Ciudadela; el piso inferior estaba destinado a dos estancias: la primera era una magnífica sala, con ricos muebles en maderas nobles, dorados, mármoles y marfiles, iluminada por grandes lámparas, donde atendía en privado a las delegaciones de otros reinos o a los miembros más cercanos de su corte; en la segunda, más pequeña pero igualmente lujosa, tenía su despacho, donde a veces recibía en privado a invitados importantes. Sobre estas se abría un cuarto de estar adonde accedían muy pocos; la decoración era mucho más sobria y menos recargada, con grandes ventanas que dejaban pasar la luz exterior, alfombras y tapices de preciosa hechura, cómodos sillones, sillas y divanes y una larga mesa en la que nunca faltaban una bandeja de alimentos frescos y varias jarras llenas de vino, ponche o agua acompañadas de hermosos juegos de copas de plata. Y en la última planta, justo bajo el observatorio y la biblioteca privada, el dormitorio: grande y no obstante acogedor gracias a los muebles de cálidos colores.

Dejó a los soldados de guardia en la puerta y entró en el cuarto de estar; de un tirón se deshizo de la pesada capa de armiño, se quitó la corona de oro y brillantes y la colocó ladeada sobre uno de los bustos de mármol que adornaban la estancia.

—No creo que esa sea la forma correcta de tratar una reliquia familiar —dijo una voz femenina a su espalda.

—Seguro que en vida le hubiese gustado llevarla, creo que es la cara del *Triste príncipe Arson*. Tary, ¿sabes por qué lo llamaban «el Triste»? —Se volvió sonriente a la muchacha de cabellos oscuros, sentada con las piernas cruzadas en uno de los sillones. En su regazo descansaba un libro abierto.

—Yo me refería a la corona. Y no, no sé por qué le llamaban así.

—Bueno, porque se pasaba el día llorando por esto o aquello y no sabía disfrutar de los placeres de la vida. Me contaron que una vez le llevaron a una mujer, ya sabes, de vida alegre, y...

—Ahórrate la historia —le cortó la joven—. Además, deberías mostrar un poco de respeto a tu antepasado.

—Lástima, era una buena anécdota. Vamos, no te pongas así, seguro que dentro de muchos, muchos años, también contarán cosas graciosas sobre mí. —La guiñó un ojo, divertido.

—Si tú lo dices. ¿Qué tal las audiencias?

—Aburridas, la gente debería llevar muchos de los problemas que me presentan a mí a sus señores o a los delegados reales, así no me molestarían tan a menudo con tantas tonterías. —Se sirvió una copa de ponche frío, pese a que estaban a comienzos de verano, el calor comenzaba a hacerse bochornoso. Se sentó frente a Tary.

—Soran...

—Tú también no, Tary, ya he tenido bastante con el Consejo, si vieras la cara que se les ha quedado cuando me he ido... —Dio un trago, el ácido ponche de limón le alivió la sed agradablemente.

—¿Otra vez? —La voz de la muchacha sonaba exasperada.

—Venga, no te enfades, además, me merezco un descanso viendo lo que me espera esta noche.

—Cómo quieras, pero esa corona implica ciertas responsabilidades. —Volvió al libro que estaba leyendo.

Soran echó un vistazo al título, le costó un poco entender lo que ponía, leer al revés no resultaba fácil: *Hierbas míticas a través de las leyendas*. Cómo no, Tary tratando de ampliar sus conocimientos sobre hierbas y plantas medicinales. Exhaló un suspiro y dio otro sorbo al claro ponche.

—¿Ya has pensado en lo que te pedí? —le preguntó a la joven.

—Sí —Tary levantó la mirada del libro— y no creo que sea buena idea.

—¿Entonces me vas a dejar solo ante los de Tamodes?

—Ni que fueran a clavarte un cuchillo cuando no mires, solo quieren que su rey les reciba y los acompañe una noche. —Volvió su atención al libro.

—Hay algo más, sabes algo que no me quieres contar. ¿Qué es?

—¿Qué? Nada, no seas tonto.

—Tary, que te conozco. Mmm..., es algo que tiene que ver con lo de esta noche.

La joven aparentaba estar totalmente concentrada en la lectura, pero un suave rubor comenzó a teñirle las mejillas. Soran clavó una verde e intensa mirada en ella y sonrió socarronamente. Tary alzaba

de vez en cuando los ojos para volverlos a bajar de inmediato, era muy difícil resistirse a aquella expresión traviesa.

—Está bien —claudicó por fin—. El gran Señor Orto de Tamodes ha traído a su hija Edelma. Él y la corte quieren que la conozcas, al parecer estaba prometida con Soldan, aunque han esperado un tiempo para... para sugerirte que te comprometas con ella.

—¡¿Qué?! Ni siquiera la conozco, ¿cómo demonios creen que voy a comprometerme con ella? Además, seguramente estaba ilusionada con la idea de desposarse con Soldan, tan valiente y noble, con una gran fama entre los demás reyes.

—Tú también eres valiente y noble —susurró Tary para sí—. Bueno, si lo miras bien, no es una idea tan mala. —No se creía que estuviera siendo capaz de decirle aquello—. Con ese matrimonio se reforzarán los lazos que unen Tamodes con la corona y hay muchos nobles que piensan que deberías casarte ya y tener unos cuantos herederos.

—Me casaré con quien yo quiera y cuando lo desee, no con alguien que le parezca bien al Consejo o los nobles. Y mucho menos con una mujer que pasó varios años soñando con mi hermano.

Una sombra cruzó los verdes y oscuros ojos de Soran, siempre ocurría lo mismo cuando se mencionaba a Soldan, pese a que ya habían pasado cuatro años desde su muerte.

—No creo que eso importe mucho: de estar tus padres vivos, sería un asunto que discutirían ellos con el Señor Orto. Y ella ni siquiera habrá opinado al respecto, claro que sabiendo que eres un rey joven, no se habrá quejado mucho.

—Da igual, ahora yo soy el rey y tengo la última palabra, es más, es mi vida de lo que se trata. Y si esta noche va a estar presente, razón de más para que me acompañes durante la cena. Además, alguien que se llama Edelma no puede ser muy agraciada, ¡por los Seis!, qué nombre más feo.

—Pues la verdad es que no es un nombre bonito, pero eso no tiene nada que ver. Creo que debe tener unos dieciocho años.

—Bah, no me interesa su edad. Vamos, ¿qué me dices? Será una velada muy agradable si estás a mi lado, así tendré alguien con quien mantener una conversación inteligente, en vez de hablar sobre abu-

rridos temas de estado o tierras. Además, he encargado un precioso vestido para ti, me gustaría mucho verte con él, estoy seguro de que serás la mujer más bella esta noche.

Soran le dirigió la más encantadora de sus sonrisas y Tary sintió cómo le ardían las mejillas y cómo flaqueaba su determinación; le había prometido a su padre no cometer estupideces como aquella, pero esa sonrisa, esos ojos que te hechizaban... Le resultaba muy difícil resistirse al encanto de Soran.

—Oh, está bien, asistiré a la cena contigo —dijo levantándose con el libro en las manos.

—Genial. —Soran también se incorporó sonriente y la besó en la mejilla, Tary dudaba de que se pudiera ruborizar más.

—Se... será mejor que me vaya a preparar —dijo tratando de ocultar su turbación. *Malditos hombres...*, *no, maldito Soran*, pensó, siempre lograba hacerla cambiar de opinión en cosas como aquella.

—Gracias, de verdad. —La acompañó hasta a la puerta—. Te esperaré en la salita privada que da al gran salón. Ya verás, será una gran noche.

—No lo dudo —dijo saliendo del cuarto.

Una vez fuera, abandonó la torre y se dirigió a su habitación, sita en uno de los edificios del complejo palaciego. No podía dejar de pensar que unas pocas palabras halagadoras y una sonrisa le hubieran hecho cambiar de parecer, pero había que admitir que Soran tenía la capacidad de conseguir todo lo que quería. Desde que se había convertido en rey, tanto el Consejo como los nobles no dudaban en complacer todos sus deseos, hasta los más absurdos. Cuatro años de consentimiento total y de tenerlo entre algodones habían hecho de Soran un hombre acostumbrado a obtener todo lo que quisiera sin pensar en nada más. Sí, mucho había cambiado tras la muerte de Soldan.

Tary abandonó tales reflexiones cuando llegó a su cuarto y vio el vestido, regalo de Soran; era muy hermoso, de un color azul oscuro a tono con sus ojos, de larga falda, escote recatado y con cuchilladas en un tono más claro en las mangas. Realmente quería que él la viera con aquel traje, incluso se arregló para la cena pero, con el vestido ya puesto y frente al espejo, recapacitó y se dio cuenta de que no era una buena idea, que no quería ser partícipe de un gesto feo de Soran

hacia la gente de Tamodes y mucho menos convertirse en la comidilla de toda la Ciudadela.

—Lo siento, Soran, pero tendrás que apañártelas tú solo.

Hacia unos minutos que las campanas habían sonado marcando la hora octava tras el cenit y Tary aún no aparecía. Soran miró por enésima vez la pequeña puerta que daba a aquel cuarto, que solo el rey o la familia real utilizaban para esperar antes de entrar al gran salón.

—Majestad, los invitados deben de estar impacientándose —le indicó su chambelán.

—Tienes razón, Droedius, no podemos hacerles esperar. —Exhaló un quedo suspiro, debía aceptar que Tary le había abandonado y afrontar la tediosa noche que tenía ante sí con su mejor sonrisa—. Vamos, ya es hora.

El chambelán asintió y precediéndole, abrió la puerta del rey y lo anunció a los invitados, que esperaban de pie alrededor de varias mesas.

—Su majestad, Soran I Tardad, rey de Vaesmar, Señor de la Ciudadela y del Trono Blanco.

Soran entró en el gran comedor entre reverencias, amables y educados saludos y sonrisas tan falsas como la suya. Los Siete Grandes Señores de Tamodes estaban allí con sus familias: Orto, alto y orondo a partes iguales; Torduel, arrogante y con una perenne expresión de superioridad en su semblante enmarcado ya por cabellos canosos; Simas, el más joven de los siete, aún tenía espinillas en su flaco rostro y su mirada vagaba fascinada por toda la sala; Gilder, todavía soltero y apuesto, muchas damas suspiraban de amor por él y su fortuna; Loren, astuto y tramposo, sus ojos negros sabían esconder las verdades que gustaba ocultar; Irren, el rubio y compacto recién casado (esta era ya su tercera esposa) parecía no querer separarse de su joven mujer ni un instante; y el viejo Tarian, con sus largos bigotes blancos y sus animosos ojos claros, era padre de doce hijos legítimos y unos cuantos más bastardos, que se disputaban la herencia entre sí con ferocidad. Les acompañaban algunos nobles de alto rango de la Ciudadela que habían sido invitados para la ocasión.

—Bienvenidos, amigos de Tamodes —saludó Soran junto a la cabecera de la mesa principal—. Es un honor teneros aquí y compartir esta agradable velada veraniega con vosotros y vuestras familias. A mi corte y a mí nos place en sumo grado el poder disfrutar de vuestra compañía. Esta noche es una fiesta, así que dejemos los tediosos temas de estado para los próximos días. —Todos rieron—. Bien, que comience el banquete. —Y diciendo esto, se sentó a la mesa, lo que imitaron al momento los demás invitados.

Soran echó un disimulado vistazo a su alrededor; el gran salón estaba decorado con los colores de la casa Tardad: oro, plata y sable, mezclados con el estandarte de Tamodes: un halcón negro sobre campo de oro. Habían sido dispuestas dos mesas: la principal, a la que se sentaban más de cien invitados, y otra para los soldados, escoltas y nobles de menor rango que acompañaban a estos. Seguramente no era casualidad que el gran Señor Orto estuviera sentado a su diestra, ocupando el lugar de honor junto al rey, a fin de cuentas era el más poderoso de los Siete. No tardó mucho en llevar la conversación hacia donde le interesaba.

—Ah, majestad, esta es una gran ocasión, sí —le dijo Orto con adulatora sonrisa—. ¿Conocéis ya a mi hija Edelma? Ella ha estado tan ilusionada con que llegara esta noche.

Soran miró a la joven que se sentaba junto al hombre. Tenía la mirada baja, recatadamente. Lo primero que tuvo que reconocer fue que, pese al feo nombre, la mujer era bastante guapa, con largos cabellos trigueños, buena figura, una sonrisa encantadora y unos ojos verde claro de mirada dulce e ingenua.

—Majestad —saludó la muchacha.

—Mi señora. —Soran fingió una sonrisa aún más amable y a partir de aquel momento trató de no prestarle mucha atención, algo relativamente fácil, porque los temas de conversación de Edelma se limitaban a su casa, su familia, sus novelas caballerescas predilectas y la poesía romántica más horrible y aburrida que Soran conociera.

Así que la cena transcurrió tediosa, los numerosos platos acompañados de las inevitables discusiones sobre fronteras, tierras, diezmos, aburrida poesía y las no tan indirectas sobre que un rey debe desposarse y traer al mundo tantos herederos como pudiera.

—Aprended del viejo Tarian, él sí que ha sabido sembrar su se-

milla —dijo divertido Torduel, mientras le guiñaba un ojo a la nueva esposa de Irren.

—Brindo por eso —contestó Simas—. A tu salud Tarian. Jajaja. —Los demás secundaron el brindis, más por no dejarle mal que por simpatía.

Unas dos horas después, la comida ya escaseaba en las mesas y Soran se preparaba para dar por concluida la cena, pero Droedius y la insulsa Edelma se le adelantaron con algo que no estaba planeado para nada.

—¿Sabéis, mis buenos señores, que sería estupendo ahora? —inquirió Edelma.

*Quizás que bailes desnuda delante de los soldados de la otra mesa, que no hacen más que devorarte con los ojos cuando miran hacia aquí,* pensó divertido Soran.

—¿El qué, bella muchacha? —inquirió Gilder.

—Un baile, ¿a caso no hay un baile preparado?

Soran fue a contestar, pero su chambelán lo hizo por él.

—Sois una dama perspicaz y creo que habláis por todos, mi señora Edelma, ciertamente hay un baile preparado, su majestad pensó que así complacería a sus invitados. Si hacen el favor de seguirme.

¿*Cuándo demonios he pensado yo eso?*, se preguntó Soran mientras caminaba al salón contiguo, donde, sobre una tarima, unos músicos comenzaban a tocar ya una pieza. Su chambelán se le acercó.

—Majestad, disculpad mi atrevimiento, pero pensé que esto era lo más correcto para terminar la velada, ¿qué sería de un banquete sin un baile? —le susurró casi al oído.

—Sí, ¿qué sería, eh? —*Droedius, eres un traidor*—. Si me disculpáis, voy a sacar a una de estas damas a la pista, puesto que es el rey quien debe abrir el baile.

Y antes de que el chambelán pudiera hacer nada, Soran invitó a la esposa del gran Señor Tarian, una mujer entrada ya en años y en carnes.

Pieza tras pieza, los bailes se fueron sucediendo y también las parejas que en nada le comprometían: mujeres casadas, abuelas o niñas demasiado jóvenes como para hacer ninguna interpretación. Y cada

vez que pasaba frente a Edelma, no podía evitar ver la mirada entre deseosa, determinada e indignada de la muchacha, pero Soran no quería bajo ningún concepto compartir un baile con ella y darle una satisfacción a Orto y su corte.

La canción que estaba sonando terminó y Soran buscó con la mirada a otra pareja, pero se le habían acabado las opciones y Edelma caminaba hacia él con gran determinación.

—Majestad.

—Majestad.

Soran miró a Edelma, mas se volvió al sirviente que también reclamaba su atención.

—Será un momento, mi señora. —Casi le pareció ver resoplar a la joven—. Decidme.

—Majestad, fuera espera alguien con un mensaje urgente para vos.

*Justo a tiempo*, pensó el rey, y trató de que su rostro no revelara el placer que le producía aquello.

—Lamento terriblemente no poder bailar con vos, pero otros asuntos me requieren, por favor, disculpadme con vuestro padre y los demás Señores.

—Espero que esos asuntos no os lleven mucho tiempo.

—Ni yo, ni yo.

Soran se encaminó a las puertas del salón de baile con una gran sonrisa en los labios.

La luz en los corredores era escasa, la oscuridad de la noche apenas ahuyentada por los tenues rayos que arrojaban los fanales sobre paredes y suelos. Tary esperaba frente a las puertas, apoyada en la pared con las manos a la espalda; no llevaba el vestido nuevo, sino un sencillo vestido de color claro.

—Has tardado, pero llegas en el momento oportuno, estaba a punto de tener que bailar con la tal Edelma —dijo Soran.

—Perdóname, es que al final pensé... que no era buena idea acompañarte al banquete. Aunque cuando me enteré de lo del baile, se me ocurrió que no te vendría mal una excusa para salir de él. —Sonrió entre las sombras.

—Solo por eso estás perdonada. —Rió Soran.

—¿Tan horrible era?, ¿fea?



—No, fea no, la verdad es que es bastante guapa, pero tiene la misma conversación que un pez. En fin, no parece que en su cabecita rubia haya sitio para muchas cosas a la vez.

Ahora fue Tary la que rió.

—¿Adónde vamos? Pronto alguien vendrá a buscarte para que vuelvas al baile.

—Ven, tengo una idea.

Soran la tomó de la mano y la condujo a través de corredores y patios, donde solo se cruzaron con soldados de guardia, que saludaban a su rey al pasar junto a ellos sin decir nada ni objetar nada, hombres leales a su señor. Finalmente se detuvieron al llegar al pie de la torre noroeste, la torre más alta, la Torre de los Reyes. Tary sintió cómo Soran apretaba su mano. La torre más alta.

—Subamos.

—¿Estás seguro, Soran?

—Sí. —Se volvió hacia ella y a la luz de las antorchas Tary vio en sus ojos una determinación que no siempre estaba allí. Asintió.

Soran cogió una de las teas de la pared de la torre, abrió su puerta y comenzaron a subir la larga y curvada escalera que llevaba a la cima de aquella torre hueca, construida para ver desde su cúspide las fértiles tierras del reino de Vaesmar.

Cuatro años habían pasado desde la última vez que estuvo allí, desde que se había asomado a la muerte tras sus almenas, pero ya era hora de enfrentarse a sus miedos, de superar las pesadillas del pasado. Y sentía la reconfortante mano de Tary en la suya, dándole fuerzas, apoyándole.

Por fin alcanzaron la trampilla que daba al piso superior, una agradable brisa veraniega les rozó los rostros cuando se asomaron sobre el muro al mundo dormido a sus pies. La noche envolvía la Ciudadela en su manto aterciopelado y las estrellas, un sin fin de ellas, brillaban en un cielo sin luna; la tea, colocada en un hachero, lanzaba sombras danzantes sobre las piedras.

—Es una noche hermosa, muy tranquila, y huele a verano —comentó Tary.

Soran respiró profundamente y exhaló el aire poco a poco, como queriendo retenerlo un poco más, saboreándolo.

—Es el olor de mi tierra —dijo de pronto.

Tary le miró y vio algo extraño en él, en su mirada.

—¿Qué ocurre, Soran?

—Creo que necesito viajar, salir de aquí. Llevó varias noches teniendo sueños parecidos en los que me voy lejos de aquí. Día tras día crece dentro de mí un desasosiego que no logro entender. Lo único que sé es que tengo que salir de viaje y lo voy a hacer, sí, antes de que la semana acabe.

—Pero la semana que viene es el aniversario de su muerte.

—Lo sé. —Sonrió triste—. Tal vez por eso precisamente necesite irme un tiempo, para superar todo el dolor que aún queda en mí. No te preocupes, he dejado todo preparado, este año no habrá una larga y deprimente semana de duelo, tan solo el día siete un sencillo homenaje a todos los caídos en aquella batalla hace cuatro años. Pero yo no estaré aquí, de verdad que voy a seguir mis sueños, sí, el próximo día del Sol saldré de viaje.

Tary miró a aquel hombre al que tanto cariño tenía y le vio solo como ella podía verle: por un lado, al joven rey caprichoso, engreído y egoísta, solo preocupado de sí mismo, esa persona a la que todo el mundo veía; y por otro, a un hombre que todavía no ha madurado del todo, que trata de seguir sus sueños y lograr una meta, una causa por la que justificar su vida y sus actos, un hombre que se busca a sí mismo y trata de realizarse, esa persona a la que muy pocos veían. Y supo que su sitio estaba a su lado, siempre, daba igual dónde o cuándo.

—Entonces yo me iré contigo.

Soran se giró hacia ella y le pasó un brazo por el hombro.

—Ya contaba con ello, eres la única persona que está a mi lado por quien soy y no por lo que soy. —Sonrió y la besó suavemente en la frente.

Tary volvió a sentir cómo se ruborizaba.

—No me será fácil librarme del Consejo y todos pondrán el grito en el cielo, pero no hay vuelta atrás, lo dispondré todo para que el Consejo se haga cargo del gobierno del reino durante mi ausencia. Partiremos un día después de que se vayan los de Tamodes. No sé por cuánto tiempo, ni hacia dónde exactamente, pero de momento

hacia el norte, a las tierras de Vaslania y tal vez más allá.

Tary apenas era consciente de sus palabras, solo sentía el calor de su abrazo y el de sus labios en su frente y decidió no prestar atención a la vocecilla que no dejaba de decirle en su mente que aquello no le iba a hacer ninguna gracia a su padre.

Dos días después de aquella noche, Soran preparaba el equipaje que se llevaría en el viaje, una tarea agradable si no fuera por los intentos de su chambelán para disuadirlo de que se fuera.

—Majestad, es una locura, dejáis el trono vacío, el reino sin nadie que lo gobierne.

—Exageráis. Y no dejo el reino a su suerte, se supone que para eso está el Consejo también, para tomar decisiones en mi ausencia. Pasadme esa camisa negra. Gracias.

—Pero ¿y si hay una guerra? Debéis estar aquí para...

—Hace años que los cuatro reinos del sur viven en paz, es más, se creó la Liga Sureña para mantener la alianza, así que, ¿qué guerra va a haber? Estos pantalones son muy cómodos para cabalgar, me los llevaré. Y ese par de botas también.

—Pero..., pero los nobles...

—No me importa lo que tengan que decir ni lo que piensen. Si queréis, decidles que viajo al norte en misión diplomática o algo así.

—¿Mentirles?

—No lo digáis como si fuera un crimen terrible. Ellos también me mienten a mí. Ah, la capa negra, que no se me olvide. —Se volvió hacia Droedius—. Si ya habéis terminado, podéis ordenar que preparen los caballos para mañana por la mañana.

—Aún no he acabado, majestad.

—Oh, ¿qué más?

—Está esa muchacha que os acompañará, la gente hablará y ella no es más que una...

—Cuidado con lo que vais a decir —le cortó Soran violento—. Esa «muchacha» tiene un nombre y es una de las personas que más aprecio. Si la gente habla que hable, ya se cansarán.

—Ya veo que no os haré cambiar de parecer.

—Lo habéis cogido, Droedius. Y ahora, por favor, haced lo que os he pedido.

—Con vuestro permiso, majestad.

El chambelán abandonó la habitación y Soran terminó de hacer su equipaje en paz.

A la mañana siguiente, el joven monarca comenzó a pensar que lo de iniciar un viaje con tranquilidad y sin contratiempos era un mito. Estaba en el patio de armas, montado a caballo junto a Tary, con todo listo para partir, salvo porque al capitán de su guardia personal se le había ordenado no dejarle marchar hasta que le hubiese impuesto una escolta. Así que allí estaban discutiendo, con todos los soldados de la Guardia Real estoicos, en formación ante ellos, totalmente dispuestos a impedirles la salida si no hacían caso.

—Pero, majestad, comprendedlo, vuestro propio general ordena que llevéis una escolta. Daros cuenta de que es totalmente razonable, por muy de incógnito que queráis ir, no podéis recorrer los caminos desprotegido.

Soran miró el sol exasperado, hacía ya más de una hora que debían haber partido. Suspiró.

—Está bien, capitán, llevaré esa escolta. ¿De cuántos hombres estamos hablando?, ¿y cuánto tardarán en estar dispuestos para la marcha?

—Como mucho en unas dos horas tendré preparados a quince hombres listos para acompañaros.

—¿Dos horas?!

—Deberé elegir entre los voluntarios y os aseguro que serán unos cuantos, si no todos.

—Al Sombrío con todo. Esto lo soluciono en un momento.

Soran taconeó a su caballo hasta estar frente a los soldados y comenzó a hablar antes de que el capitán dijese nada.

—Todos sabéis que estoy a punto de iniciar un viaje, tengo prisa, pero me obligan a llevar una escolta, así que escuchad: los dos primeros que se presenten ante mí en el menor tiempo posible preparados para marchar serán quienes me acompañen.

Apenas hubo terminado de hablar cuando todos los presentes echaron a correr hacia sus habitaciones para pertrecharse entre empujones, codazos y voces. ¿Todos? No, todos no, ante Soran quedaron un par de soldados inmóviles, que no podían ser más dispares entre sí; uno era alto, fuerte y ancho de hombros, con

grandes músculos que se adivinaban bajo la camisa y la cota de malla, el pelo rubio oscuro le caía ondulado sobre los hombros y enmarcaba una cara ancha, de facciones francas y sonrisa pronta, sus ojos eran gris azulado, de abierta mirada y parecía que alguna vez le habían roto la nariz. El otro, sin embargo, era una cabeza más bajo, enjuto y fibroso, tenía los cabellos, negros como ala de cuervo, cortados por el cuello, su cara delgada y de duras facciones hablaban de sonrisas escasas y sus ojos negros transmitían el hierro de su mirada, una cicatriz cruzaba su ceja derecha. Pero, pese a sus diferencias, cuando ambos intercambiaron una mirada entre sí, a Soran le quedó claro que aquellos hombres llevaban juntos mucho tiempo y que eran grandes amigos, capaces de entenderse sin palabras.

El rubio pegó un silbido y un mozo de cuerdas trajo de la brida tres caballos, dos de ellos ensillados y un tercero de carga. El moreno montó de un salto en un rucio de alzada media y poderosos miembros, y el rubio subió hábilmente a la silla de un claro y ancho rodado que nada tenía que envidiar al negro caballo de guerra de Soran, un hermoso ejemplar de las planicies de Elegor, famosa por sus magníficos equinos. Mientras los hombres se acercaban a él, Soran palmeó el cuello de su pacífico tordo, animal que había escogido por su resistencia para el viaje.

—Creo que somos los primeros, majestad —dijo sonriente el rubio.

—Eso parece. ¿Cómo os llamáis?

—Somos los soldados Tedosien y Jarval —contestó el moreno, Jarval—. Llevamos catorce años al servicio de la corona.

—Bien. ¡Capitán! Estos soldados serán nuestra escolta, podéis avisar a los demás de que ya no es necesario que corran. Caballeros —dijo volviéndose a los dos hombres—, a partir de este momento no me llamaréis ni majestad ni rey, seré un joven señor que viaja junto a su hermana para conocer mundo y vosotros seréis nuestra guardia personal. No quiero que se sepa quién soy, se trata de un viaje de placer y no de estado, ¿entendido? —explicó Soran, mientras se cubría el rostro con la capucha de la fina capa. Afortunadamente, aquel día corría una agradable brisa y el calor todavía no apretaba.

—Como ordenéis, mi señor —contestaron ambos.

—Entonces partamos.

Tedosien encordó su caballo de carga al que ya llevaban Soran y Tary, mientras Jarval se colocaba delante para encabezar la marcha. El capitán les despidió con el deseo de un buen viaje y un pronto regreso.

Mientras recorrían las calles de la ciudad hacia las puertas sin que nadie le reconociese, con un poco de suerte su partida no se sabría hasta el día siguiente, Soran se acercó a Tedosien.

—¿Cómo es que estabais ya preparados para salir? —preguntó curioso.

—Bueno —el gigantón sonrió divertido—, da la casualidad de que Jarval estaba de servicio hace unos días en palacio y os oyó hablar con vuestro chambelán de vuestra inminente partida, así que decidimos tenerlo todo listo por si acaso, nos imaginábamos que ocurriría algo así.

—Ya veo, sois inteligentes pese a la apariencia.

—Ya veis que no somos solo un montón de músculos sin cerebro. Ahora escuchad, mi señor. Una vez crucemos las puertas de la ciudad, si nos encontráramos en una situación peligrosa, deberéis hacer lo que Jarval o yo os digamos, vuestra seguridad es lo primero y no admitiremos ninguna queja respecto a eso. Si aun así os da por hacer alguna tontería, el viaje se acabó, yo me basto y me sobro para noquearos, ataros y meteros en un saco de vuelta a palacio. —El hombretón ajustó como al descuido la empuñadura de su enorme espadón, que llevaba cruzado a la espalda—. Ah, disculpad la franqueza de este soldado. —Y sonrió.

Soran, no sabiendo muy bien qué decir, asintió y se puso a la altura de Tary.

—¿Todo bien? ¿Serán una buena escolta? —le preguntó la joven sanadora.

—Creo que no podríamos tener una mejor —contestó sinceramente Soran.

## CAPÍTULO 2

### *Viajando. Tratando de ser un hombre.*

El tiempo agradable y soleado y los buenos y bien vigilados caminos de Vaesmar hicieron del primer tramo del viaje unos días placenteros. Cabalgaban tranquilos y sin prisa, demorándose en la contemplación de los paisajes agrestes, las villas y ciudades por las que pasaban, deteniéndose a pasar la noche en las mejores posadas que encontraban, disfrutando de la buena cocina y de las más cómodas camas que podían encontrar, si bien, por lo general, evitaban las ciudades más importantes, pues Soran quería reducir al máximo la posibilidad de que lo reconocieran.

En poco más de una semana alcanzaron las montañas Vandor, una elevada cordillera, cuyos picos más altos estaban nevados incluso en el verano sureño y que marcaba la frontera natural entre Vaesmar y los reinos de Vaslania, Indora y Arvas. Cruzaron las montañas por el profundo valle del Vaendir, sempiternamente vigilado por las seis atalayas encaramadas a las oscuras paredes de roca. El joven río Vaendir discurría veloz y caudaloso por aquel terreno escabroso, de inclinadas laderas tapizadas de verdes pastos y frondosos y gruesos árboles, que iban raleando según ascendía la montaña. El viejo camino seguía el accidentado curso del Vaendir a través del valle, salvando los desniveles y precipicios con puentes de madera o piedra, que eran revisados regularmente y reparados si hacía falta. A mitad de la ruta se había levantado un refugio de varias chozas, donde los viajeros hacían noche, pues cruzar la cordillera llevaba al menos dos días. A partir del refugio, el camino abandonaba el Vaendir en su ascensión hacia las cumbres en las que nacía, para remontar una pequeña cresta y descender de nuevo al valle del Nédano, que corría salvaje y ruidoso bajo la sombra del Cambaro, el pico más alto de las Vandor, con su cumbre acariciando las nubes y el cielo, hacia las tierras de Vaslania.

Una vez alcanzaron la frontera con Vaslania, Soran decidió abandonar la calzada que llevaba a la capital del reino, Vaslan, y tomar

una carretera secundaria de tierra apisonada que llevaba al interior del país, rumbo oeste. Eran las tierras del rey Brarrius-te-Brander una sucesión de lomas bajas y bosques enmarañados, con pueblos y villorrios que aparecían de repente tras el último recodo del camino; espacios abiertos robados al bosque, donde pastaba el ganado y se trabajaban los campos de labor. Las gentes por lo general eran amables y abiertas y las posadas y fondas tan decentes como las de Vaesmar, si bien era cierto que aquellos caminos secundarios estaban menos vigilados y pocas veces se cruzaron con hombres del rey o guardabosques ocupados de la seguridad de los mismos.

El negro cielo de aquel diecisiete del mes del Sol de Agua amenazaba una inminente tormenta durante el final de la tarde, así que se apresuraron a buscar un lugar seco y resguardado para pasar la noche, pese a que todavía quedaban unas horas para el anochecer. Llegaron a una pequeña villa y a su única posada con el sordo retumbar de los primeros truenos. Aunque el aspecto externo de la posada no era el mejor que hubieran visto, no tenían otra opción, si no querían calarse hasta los huesos. Tedosien se quedó con los caballos y Jarval abrió la puerta: les golpeó un intenso olor a humo y sudor rancio mezclado con los aromas de la cena de aquel día. El salón parecía estar lleno a reventar, como si todos los parroquianos hubiesen decidido pasar la tormenta bajo aquel techo. Los tres se abrieron paso como pudieron hasta la barra, donde el posadero, un hombre orondo y de ojos enrojecidos a causa del cargado ambiente, les miró de arriba abajo.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó con voz cascada.

—Queríamos cena y cama para cuatro y establo para seis caballos, para esta noche.

—Hmmm... Bien, tienen suerte, pocos viajeros, hay habitaciones libres. Respecto a la cena, tendrán que hacerse sitio entre los vecinos del salón, son buena gente, seguro que les dejan sentarse en cualquier rincón. Pago por adelantado, en moneda vaslana o vaesmariana, un cuarto de corona.

Soran sacó la moneda correspondiente y la dejó sobre la pegajosa barra, el posadero no tardó en recogerla y probar su valor mordiéndola, tras lo cual la hizo desaparecer en uno de sus bolsillos.

—Hmmm... Bien. ¡Marton! ¡Marton! —Un joven muchacho de



no más de trece primaveras, que no dejaba de sorberse los mocos, apareció por la puerta de la cocina—. Fuera te esperan seis caballos, llévalos al establo y échales de comer. —El muchacho asintió y desapareció entre el gentío hacia la puerta—. Siéntense, ahora les llevarán la cena.

Bastó una dura mirada de Jarval para lograr que unos jóvenes pendencieros les dejaran libre una mesa más o menos limpia.

—Al menos espero que las camas no tengan chinches —comentó Tary, mientras trataba de no apoyar los brazos en la mesa.

Tedosien llegó unos minutos después, sacudiéndose el agua de la lluvia que ya caía afuera.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, Jarval? —dijo el enorme guerrero.

—Sí, ¿has dejado el equipaje en las habitaciones?

*¿Este hombre sonreirá alguna vez?*, se preguntó Soran.

—Claro. De verdad que debe de haber pocos viajeros, nos han dado tres cuartos, uno para nosotros, otro para Tary y otro para nuestro señor. No son nada del otro mundo, pero están limpios, seguro que su mujer se ocupa de que las habitaciones estén presentables. Aaaah, la cena.

En aquel momento una voluptuosa camarera dejó sobre la mesa cuatro platos con alguna clase de estofado, en el que flotaba lo que parecían ser pedazos de carne y patatas, pan, un cuarto de queso, cuatro jarras de oscura cerveza, y dedicó una invitadora sonrisa a Tedosien; el hombretón la guiñó un ojo y la muchacha se fue con-toneando las caderas. A Soran le pareció oír resoplar a Jarval, si eso era posible.

Los dos soldados ni siquiera echaron un vistazo a la comida o la bebida, comenzaron a comer tranquilamente; sin embargo, Soran y Tary removieron el estofado, lo olisquearon con disimulo y lo probaron con precaución. No estaba mal, pero tenía un ligero regusto a pegado al fondo de la cazuela. El pan y el queso estaban duros y la cerveza aguada. No se puede decir que ellos dos comieran hasta saciarse.

—Ah, este guiso me recuerda a los que solía prepararnos Lonel el Tuerto, ¿te acuerdas, Jarval?

—Cómo olvidarlos. —Increíble, había sonreído levemente le-

vantando las comisuras de los labios—. La carne que echaba estaba tan dura que una vez casi me parte un diente.

—Dioses, ¿carne? Yo pensé que le echaba piedras. —Rió fuertemente Tedosien.

—Parece que hace mucho que os conocéis —les dijo Tary.

—Desde que ambos entramos en la academia militar hemos estado juntos y ni el tiempo ni las espadas enemigas han conseguido separarnos aún —comentó el rubio.

—¿Siempre habéis servido en la Guardia Real? —inquirió la joven.

—No —contestó parcamente Jarval.

—Realmente, el cuerpo al que pertenecemos dentro de la Guardia Real es un cuerpo de élite al que muy pocos pueden entrar. ¿Sabéis cómo se formó? —Tary y Soran negaron con la cabeza.

—Es normal, muy pocos lo saben. Os lo contaré, creo que será bueno que nuestro señor lo sepa. —Jarval asintió a las palabras de su camarada y clavó los ojos en su jarra de cerveza—. Este cuerpo, que recibió el nombre de los Juramentados del Rey, se creó hará unos doce años.

—¿Doce años? Cuando...

—Sí, mi señor, cuando vuestro padre murió. Por aquel entonces Jarval y yo teníamos dieciocho años y servíamos en el Segundo Escuadrón de Caballería Ligera de Lord Drion, la Lanza Blanca, cerca del rey, pero no de sus hombres todavía. Fue durante la guerra de Entre Ríos; en los últimos días de la contienda parte de nuestro ejército se había separado de los aliados vaslanos y se encontraba atrapado entre unas colinas y la orilla norte del Aguas Claras, con el enemigo acosándolos. Vuestro padre y sus hombres estaban allí, vendiendo caro el paso del río, y los únicos refuerzos que tuvieron fue nuestra unidad de caballería ligera, que por un breve tiempo hostigó a la infantería enemiga. Pero solo fue un respiro antes de que su caballería pesada cargara contra nuestras líneas.

»Nadie, ni uno solo de los hombres que se encontraban allí dudó un instante, todos rodeamos al rey y nos preparamos a defender su vida con las nuestras.

—Pero fracasamos —intervino sombrío Jarval.

—Sí, fracasamos. Nuestras filas estaban muy diezmadas y aquella

carga fue brutal. Aún puedo oír el retumbar de los cascos, el tintineo del metal y el entrecocar de los caballos y el acero. —La voz de Tedsien se tornó ronca y profunda—. No sé cómo cayó el rey, solo sé que poco después de la carga Jarval, algunos compañeros y yo nos encontrábamos descabalgados, espada en mano y codo con codo con los supervivientes de la escolta del rey; él yacía en el suelo herido de muerte, pero aun así aferraba la empuñadura de su espada, Ganfil, dispuesto a morir con ella en la mano.

»El enemigo se lanzó de nuevo sobre nosotros, pero resistimos una y otra vez sus embestidas, dando vidas a cambio de un minuto, un segundo más, no dejaríamos que esos perros mancillaran el cuerpo de nuestro rey. Finalmente, un grupo de infantería y caballería vaslana apareció gracias a los Seis y logró dispersar a los enterrienses, ahora superados en número. Sin embargo, llegaban demasiado tarde, vuestro padre agonizaba a nuestros pies; Lord Drion tomó la cabeza del rey en su regazo y trató de darle palabras de aliento. Él aún tuvo fuerzas para hablarnos antes del fin. Todos nos arrodillamos para escuchar sus últimas palabras. Jamás podré olvidarlas.

»Mis valientes —nos dijo— hasta el final habéis aguantado en pie por proteger este cuerpo ya inservible; vuestra vida no habéis podido dar por salvar la mía, pero no os culpéis, habéis luchado como bravos y todavía quedan en la Ciudadela los vástagos de la Casa Tarad. Esto os pido a todos los que estáis aquí: sed los hombres de mis hijos, su espada y su escudo, día y noche velad por ellos, juradme que daréis vuestra vida y vuestra muerte por ellos, que como guardias reales no permitiréis que ellos mueran si estáis a su lado”.

—Y todos juramos —concluyó Jarval.

—Así nacieron los Juramentados del Rey, fundado por aquellos que hicimos el juramento. —Tedsien dio un largo trago a su cerveza—. Por los Juramentados, los vivos y los muertos.

—Por ellos, que Drakon de la Espada de Fuego los guarde junto a sus guerreros —contestó Jarval.

Durante unos minutos guardaron silencio; Soran, que hasta aquel momento no sabía cómo había muerto realmente su padre, se restregó los ojos con la mano y lo rompió.

—¿Y dónde estabais el día en que se marchó mi hermana?, ¿dón-

de estaban esos Juramentados cuando mi hermano murió? —les recriminó amargamente a los hombres.

Jarval levantó la cabeza y había tal dureza y frío en su mirada que, de haber estado de pie, Soran habría reulado.

—Estaban allí —dijo cortante el hombre de negros cabellos—, el día que el rey Soldan murió no lo hizo solo, muchos Juramentados cayeron junto a él, igual que otros murieron por salvar vuestra vida en aquel campo de batalla. No hemos olvidado sus nombres, ni la palabra que no pudieron cumplir pese a todo, y por eso hasta el último juramentado daría hoy la vida por vos sin dudarlo, aunque tal vez no seáis merecedor de ello.

—Jarval, mide tus palabras, no olvides con quién hablas.

—No lo olvido, Tedosien. Si me disculpáis, iré a ver cómo siguen los caballos. —Apuró su jarra y se fue.

—No tengáis en cuenta sus palabras, mi señor, su padre era un juramentado y fue uno de los que murió en la batalla contra los Invasores del Mar.

Soran no dijo nada, las palabras del sobrio soldado le habían impactado, no tanto por lo insultantes, sino por la dureza y convicción con que las había dicho.

—Respecto a vuestra hermana —continuó Tedosien—, tended por seguro que no partió sola. El juramentado Covalin, su guardia personal, desapareció el mismo día que ella, así que para nosotros es evidente que se fue con lady Siranna para protegerla de cualquier peligro.

—¿Y por qué no dijo nada a nadie si sabía lo que mi hermana iba a hacer?, ¿por qué no le impidió irse?

—Porque los Juramentados somos leales a nuestros señores, no les cuestionamos, ni les traicionamos si podemos evitarlo.

—Pues conmigo no parece que sigáis la misma regla.

—Vos sois el último heredero de la Casa Tardad y aún no tenéis descendencia, no podemos permitir que a la última esperanza de la Casa le pase nada, aunque esto vaya en parte contra nuestros principios. Y ahora —la voz del rubio volvió a sonar campechana— ¿os vais a terminar esas jarras? Ah, no, ¿eh? ¿No os importa, verdad?

El soldadoapuró ambas cervezas como si nada. El resto de la cena continuó en silencio, hasta que Tedosien se levantó.

—Creo que es hora de irnos a dormir, mañana partiremos pronto para recuperar las horas perdidas hoy.

Tary y Soran asintieron y siguieron al soldado escaleras arriba, hacia sus cuartos. Soran no podía dejar de pensar en las palabras de Jarval y, sentado en su cama, oyendo repicar las gotas de lluvia sobre el tejado de madera, rememoró aquel terrible día: el campo de batalla era un mar confuso de hombres y caballos vivos, agonizantes y muertos; el humo de las hogueras enemigas reducía la visión y uno no sabía si el hombre que tenía ante él era enemigo o amigo hasta el último instante. Soran y un pequeño grupo de sus hombres, descabalgados hacía rato, se abrieron paso a golpe de espada hacia el interior de la contienda. Sabía que Soldan se encontraría allí, en lo más reñido, y quería llegar a su lado cuanto antes. Recordaba que apenas podía oír, sus oídos inundados por una cacofonía de gritos de guerra y de dolor, aullidos enloquecidos y el entrecuchar de las armas y los cuerpos. De repente, un enemigo de armadura azul oscuro se irguió ante él, Soran no tuvo tiempo de reaccionar, cuando se le echó encima enarbolando una lanza corta. Pensó que aquel era el final, sin embargo, un hombre de cabellos oscuros se interpuso entre él y la lanza, que traspasó el abdomen del soldado anónimo, al tiempo que su espada se descargaba sobre el enemigo y lo medio decapitó. Su salvador cayó inerte a sus pies, empalado en la lanza, Soran se detuvo en medio del caos a mirar a aquel hombre que había dado la vida por él, sus ojos negros perdidos en el infinito, su rostro se quedó grabado a fuego en su memoria; un rostro tan parecido al que ahora veía día tras día, el rostro de Jarval.

Podía comprender cómo se sentía el soldado tras sus palabras sobre los Juramentados; sí, siempre había sombras a su espalda que le protegían incluso de la propia muerte. Debía disculparse con Jarval y bajó a los establos dispuesto a ello, esperaba que todavía estuviera allí.

El sol se había ocultado casi por completo y ya no llovía. Soran cruzó con cuidado el pequeño patio, convertido en un barrizal encharcado, y se detuvo ante los establos al oír las voces de Tedosien y Jarval. Se asomó con cuidado y escuchó a los dos hombres. Jarval estaba recostado contra las tablas de una de las cuadras, con los brazos cruzados y Tedosien se encontraba a su lado.

—... y ¿no se supone que te estaba esperando esa camarera tan atrevida? —La voz de Jarval parecía contener cierto tono sarcástico y ¿molesto?

—No seas estúpido —contestó irritado Tedosien—. Respecto a lo otro, entiendo cómo te sentiste, pero no era razón para decirle eso. Ante todo somos soldados disciplinados.

—Lo sé, Ted, y tienes razón. Ah, y perdona por el comentario de antes, fue una tontería. —La cadencia de voz de Jarval se suavizó, y ¿«Ted»?; *debía de ser un diminutivo amistoso*, pensó Soran—. Pero a veces no veo en él más que a un muchacho malcriado, engreído y petulante, por mucho que sea nuestro rey.

—Habrà que darle tiempo, ha perdido mucho.

—Cuatro años es tiempo más que suficiente, ¿no crees? Para mí al menos lo han sido. Su hermano no tenía comparación con él, no es un hombre, Ted, no es como Soldan. Por los Seis, si oyera lo que el pueblo dice de él...

—Sé lo que Soldan significaba para ti. —Tedosien pasó un brazo por los hombros de Jarval, medio envolviéndole en un cálido abrazo—, pero recuerda que también es un Tardad, démosle una oportunidad, puede que nos muestre lo que vale...

Soran ya no quiso oír más y se volvió a su cuarto en silencio, dolido por aquellas palabras: «no es como Soldan», «si oyera lo que el pueblo dice de él», le herían en lo más profundo y en el orgullo de la sangre que corría por sus venas. Se dejó caer en la cama rumiando todo aquello; no, él jamás podría ser como su hermano, por mucho que lo intentara solo decepcionaría a gente como Tedosien y Jarval.

*Vamos, Soran — le pareció oír en el pasado la voz de Soldan—, cada persona es diferente, unos más fuertes que otros o más inteligentes o más osados, pero todos tenemos en el fondo la valentía de buscar a esa persona única que queremos ser, aquella con la que nos sentimos en paz en nuestro interior, siendo nosotros mismos y no lo que otros quieren que seamos.* Sí, pensó, se buscaría a sí mismo y les demostraría a todos que no era un malcriado y egocéntrico, trataría de cambiar.

Se debió de quedar medio adormilado, pues se despertó del todo al oír unos ruidos furtivos en el pasillo. Se levantó lo más sigilosamente que pudo y muy despacio abrió una rendija la puerta del cuarto y miró afuera. Un tipo terminaba de entrar en la habitación de

Tary y cerraba el batiente tras él. Con el corazón en un puño, no se paró a pensar y se lanzó de cabeza a la estancia de enfrente.

Tras abrir la puerta de un fuerte empujón, se encontró a Tary de rodillas en su cama, con un tipo fuerte y alto y con una horrible cicatriz en la mejilla agarrándole los brazos a la espalda de manera brutal, y un segundo hombre igual de mal encarado a un lado de la cama.

—¡Soltadla ahora mismo! —demandó Soran, mientras echaba mano a la cadera para descubrir con horror que había olvidado la espada en su cuarto.

—¿Y si no lo hacemos, qué? —inquirió el segundo tipejo con una sonrisa mellada.

—Os las tendréis que ver conmigo. —Les daría su merecido, aunque fuera a puñetazos.

—Qué miedo —se burló el de la dentadura escasa e hizo un gesto con la cabeza.

Soran apenas tuvo tiempo de volverse, cuando sintió un golpe en la nuca y un peso en la espalda que lo derribó al suelo de boca. Sin tiempo para recuperarse, una rodilla se le clavó sin piedad sobre la columna, una mano apestosa y sucia tapó su boca y la hoja de un cuchillo rozó su cuello.

Los tres hombres, porque ahora sabía que eran tres, reían sonoramente. Tary le miraba entre preocupada y asustada, temiendo más por su vida que por lo que le podía pasar a ella. Soran se sentía estúpido y humillado.

—Ahora —le susurró al oído una voz áspera que hedía a vino agrio— te vas'tar quieto y callao, si t'portas bien puee que tu amiguita salga con vía d'esta, ¿entendió? ¡¿Entendió?! —El cuchillo se apretó más contra su cuello y Soran asintió impotente.

—Y tú, preciosa —le dijo a Tary el de la cicatriz—, más te vale colaborar, si no quieres que le hagamos una bonita sonrisa a tu «héroe» en el cuello.

—Sí —dijo el tercero, sacando un cuchillo—, nada de morder, golpear o escupir, pórtate como una verdadera dama, jajaja. —Rasgó la camisa de dormir de Tary de arriba abajo, cortándola en dos mitades, dejando al descubierto la pálida desnudez de la muchacha—. Vaya, vaya, no está nada mal, creo que nos vamos a divertir. —Volvieron a reír.

Soran trató de apartar la mirada. Por las mejillas de Tary rodaban las lágrimas, temblaba mientras aquel cerdo comenzaba a manosearla, pero no dijo nada, no gritó, no se movió. Soran se sentía tan necio, tan impotente, la iban a violar delante de sus ojos y no podía hacer nada para impedirlo; quería matarlos, desgarrar sus cuerpos miembro a miembro, hacerles arder en llamas por siempre. La ira palpitaba por todo su cuerpo, le hacía bullir la sangre, sentía el fuego del odio quemar en su piel, y entonces algo inexplicable ocurrió. El cuchillo que se apretaba contra su cuello se puso al rojo vivo y, aunque él no lo notó, la hoja le quemó la piel, pero al mismo tiempo hizo que el hombre que sostenía el arma la soltara con un alarido, al sentir el calor abrasar su mano, y que se llevara la otra a ella, liberando la boca de Soran, que gritó con todas sus fuerzas, mientras se sacudía al hombre de encima.

—¡Déjala en paz, maldito perro! —Y de un salto se tiró sobre el desdentado y lo arrastró al suelo, donde comenzó a golpearlo con gran intensidad.

Tal vez aquello no habría mejorado la situación, pero en aquel momento, Tedosien y Jarval, alertados por los gritos, entraron al cuarto, espada en mano, y no tardaron nada en dejar sin sentido a los otros dos hombres, que apenas tuvieron tiempo de defenderse con sus cuchillos.

Pero Soran no fue consciente de aquello, pues seguía descargando puñetazos sobre su enemigo, que ya no oponía resistencia.

—Maldito, maldito, maldito... —no dejaba de aullar con cada golpe.

—Mi señor —le llegó como en un sueño la voz de Tedosien— mi señor, dejadlo ya. —No podía, no podía dejar de golpearle—. Mi señor, parad, por los dioses, parad de una vez, mi señor... ¡Soran!

Tedosien le puso una mano en el hombro y tiró de él hacia atrás. Soran, jadeante, con el corazón latiendo rápido y fuerte contra su pecho, dejó caer los brazos a los costados.

—Ya es suficiente, mi señor, está muerto —dijo Tedosien, mirando la masa sanguinolenta en la que había quedado convertida la cara del tipo—. Será mejor que nos vayamos de aquí, podrían tener amigos que los echen en falta. —Le tendió la mano a Soran para ayudarle a levantarse, pero este la rechazó y se puso en pie solo.



El joven se giró hacia la cama. Tary, aún de rodillas, se cubría con la sábana; en sus ojos no había reproche, ni vergüenza, tan solo lágrimas de agradecimiento porque la habían salvado.

—Soran...

—No digas nada, por favor —la cortó él, que le diera las gracias no haría más que hacerle sentir peor. Ella asintió.

—¡Tus manos! —exclamó la muchacha—. Habría que curártelas.

Soran se miró las manos ensangrentadas, tenía los nudillos tumefactos y desgarrados, sin embargo, apenas sentía el dolor.

—No te preocupes, no es nada.

—Mi señor, id a recoger vuestras cosas, debemos irnos —le convino Jarval seriamente.

Soran y Tedosien salieron del cuarto. Algunos curiosos, despertados por el jaleo de la lucha, se asomaban a las puertas de sus dormitorios para ver a qué venía tanto alboroto, mas una fiera mirada del hombretón fue suficiente para hacerles volver a sus habitaciones sin hacer preguntas. Jarval se quedó junto a Tary para ayudarla a recoger y no dejarla sola con los tipos que seguían inconscientes. Una vez fuera, el rubio se volvió hacia Soran.

—Mi señor, sería bueno que en situaciones similares os parais tan solo un segundo a pensar y a aseguraros de que lleváis algún arma con vos. No solo os habéis puesto en peligro vos, y lo que iban a hacerle a ella no tiene comparación con...

—Lo sé —le interrumpió Soran— y no me siento orgulloso de lo que ha ocurrido, jamás me perdonaré lo que estuvo a punto de pasarle, no me hacen falta tus reproches, ya siento suficiente vergüenza.

Tedosien no replicó y Soran entró a su habitación para recoger sus cosas. Antes, no obstante, vertió un poco de agua en una jofaina y se lavó la sangre de las manos. Dejó al descubierto sus propias heridas y el escozor le hizo morderse el labio inferior. No quería pensar en lo ocurrido, aún no, le hacía sentirse tan estúpido e inútil... Se vendó los rasguños como mejor pudo con unas tiras de tela, olvidada ya la quemadura del cuello.

Minutos más tarde, mientras Jarval preparaba los caballos, los tres bajaron al salón de la planta baja. El posadero, en ropa de dormir

y alarmado por los golpes y gritos, los miraba entre indignado y temeroso, pero no dijo ni una palabra.

—Aquí tenéis, esto cubrirá cualquier daño que os hayamos podido ocasionar. —Tedosien dejó varias monedas sobre la barra—. Si alguien pregunta por nosotros, decidle que nos fuimos hacia el este.

El posadero cogió las monedas y asintió sin decir esta boca es mía. Ellos se dirigieron afuera, Jarval ya les esperaba con los caballos frente a la puerta. En silencio montaron y en silencio partieron en la fresca y fragante noche veraniega. En unos minutos un viaje agradable y alegre se había tornado oscuro. Soran sentía que había caído a una realidad dolorosamente dura y peligrosa, en un mundo donde la maldad acecha en cada rincón; no, aquel ya no era el hogar seguro y familiar que había conocido durante cuatro años, casi olvidando que fuera de las murallas que él mismo había construido existía el mundo real que ahora volvía a encontrar.

Durante un tiempo cabalgaron hacia el oeste, pero un par de horas después de abandonar la villa, giraron hacia el norte, según les dijo Tedosien, por si el posadero no resultaba de fiar y les había espiado al partir. Tary cabalgó junto a Soran un largo trecho, pero el joven se había sumido en un hosco silencio.

Soran no quería rememorar lo ocurrido unas horas antes, pues la vergüenza lo abrumaba, mas no podía evitar volver sobre ello, sobre las palabras de Jarval en el establo. Desde cuándo se había vuelto así de descuidado, él, que había participado en varias guerras, que había conocido el horror del campo de batalla, que alguna vez había sido diestro con la espada, cómo podía haber sido tan imprudente, tan necio. ¿Acaso era cierto?, ¿se había vuelto tan engreído, tan creído y egoísta que ya no pensaba en las consecuencias de sus actos? Ojalá pudiera cambiar, volver a ser el de antes, cuando Soldan vivía y estaba a su lado, pero hacía tanto tiempo que había perdido la guía de su camino, que no creía que fuera capaz de encontrarla de nuevo alguna vez.

A la débil luz de una luna menguante, siguieron cabalgando sin descanso en la noche, solo acompañados de los ruidos del bosque nocturno y el sordo repicar de los cascos en la pista de tierra húmeda. Soran, medio dormido sobre la silla, no dejaba de reflexionar,

de preguntarse por qué había tenido que iniciar aquel viaje, qué estúpida idea le había llevado a tomar esa decisión, *tal vez un capricho más*, pensó. Sin embargo, en el fondo, y por mucho que se arrepintiese ahora, sabía que no era cierto. De repente, le pareció que cabalgaba sobre una extensa llanura blanca y después sobre un mar de plata estremecida y una voz que susurraba en el límite de lo conocido le hablaba.

*Más allá de donde el sol se deja caer sobre las aguas embravecidas, en lugares sagrados y antiguos encontrarás lo que has perdido, aquello que en secreto tu corazón anhela. Y allí hallarás...*

—¡Során! —El grito de Tedosien le despertó por completo, sobresaltándole y haciendo que su tordo cabrioleara nervioso. Le costó cierto esfuerzo calmarlo y no caerse de la silla.

—Disculpadme, mi señor, pero os estabais quedando dormido y podíais haberos caído de la silla —se excusó Tedosien.

—Ya, gracias. —*Casi me caigo porque me has despertado, gigante rubio*, pensó para sí.

—Será mejor que paremos a descansar, falta poco para el amanecer —comentó Jarval al ver que Tary hacía denodados esfuerzos para no dormirse también.

Todos estuvieron de acuerdo y eligieron un pequeño hueco entre unos matorrales apartados del camino para echarse a dormir. Jarval se quedó a hacer la primera guardia, mientras los demás extendían sus mantas en el suelo. Tedosien y Tary pronto respiraban profundamente, descansando tranquilos, pero Során aún tardó en conciliar el sueño de nuevo, pensando en aquellas extrañas palabras interrumpidas de su sueño, sin saber, ni imaginar siquiera, qué podrían significar, aunque algo sí tuvo claro, las seguiría y buscaría aquello que había perdido, fuera lo que fuese. Necesitaba darle un sentido a todo aquello.

—Jarval, a partir de hoy cabalgaremos hacia el noroeste.

—Como deseéis, mi señor, a fin de cuentas, este es vuestro viaje.

Során no contestó y se durmió con las primeras luces del día sobre el horizonte.

## AGRADECIMIENTOS:

Escribir es un acto individual del autor, pero un libro no llega a serlo sin la ayuda y apoyo de otros y por eso quiero expresarles mi agradecimiento aquí.

En primer lugar, dar las gracias a la gente de Nowevolution, por darme la confianza y la oportunidad de publicar mi primera novela con ellos.

En segundo, a mis beta readers, Begoña Sanz (Elanta), Concha Fernández (Kikaaa) y Pablo Olmedo (Halobrad), que fueron los primeros en leer esta historia y darme sus opiniones; especialmente Begoña, que me acompañó durante todo el proceso, que leyó diferentes versiones y señaló errores y fallos y cuyos consejos y sugerencias me ayudaron muchas veces.

En tercer lugar, a Alejandro Serrano (Mithrand) y Raúl Quintana (Preahotek), porque sin ellos nunca habría conocido a la gente de Nowevolution y quizás esta novela no estaría hoy en vuestras manos. Y finalmente, a mis Pingüinos (ellos saben quienes son) y a la gente de Fantasymundo.com, que me han apoyado y animado desde el principio hasta el final desde que la posibilidad de ser publicada apareció en el horizonte.

Helena Ramírez Laosa

**Blog oficial:**

<http://cronicasdelamagiasellada.blogspot.com.es/>

**Twitter:** @HelenaR27.

# Dónde estamos:



[www.nowevolution.net](http://www.nowevolution.net)



[info@nowevolution.net](mailto:info@nowevolution.net)



[@nowevolution](#) / [@artnowe](#)



[facebook.com/nowevolutioned](https://facebook.com/nowevolutioned)



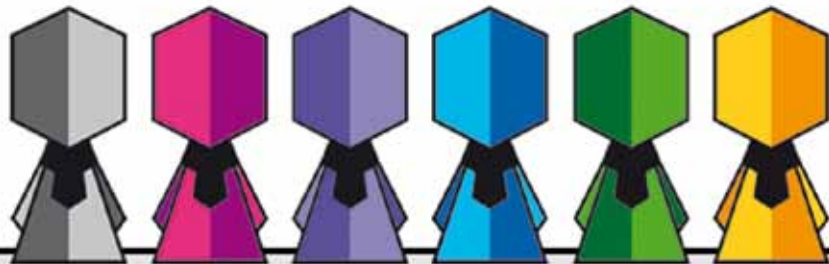
[nowevolution.deviantart.com](http://nowevolution.deviantart.com)



[nowevolution.blogspot.com](http://nowevolution.blogspot.com)



[es.scribd.com/Nowevolution](http://es.scribd.com/Nowevolution)



.nowevolution.